

De enaguas y miriñaques

A pesar de que hoy nos parezca que la moda es algo propio del siglo XX, las sociedades siempre estuvieron prisioneras de sus designios. En tiempos del gobierno de Rosas, cuenta Lucio V. Mansilla —su sobrino—, que se había impuesto una incómoda usanza en las mujeres: su cuerpo debía asemejarse a un reloj de arena. Para esto recurrían, en la parte superior del vestido, a las llamadas “mangas jamón” (anchas desde el hombro y angostas hacia el puño, remedaban esas enquistas patas de cerdo); la cintura ceñida por un ancho cinturón y en las faldas... ¡a sufrir! Era rigor de la moda lograr una amplísima falda y para ello había dos sistemas. La “crinolina”: estructura rígida semejante a la de un paraguas y realizada con la crin del caballo (material muy abundante en la época), se colocaba bajo el vestido principal y, por más que se aislara la piel de esta estructura con un grueso calzón, eran inevitables la picazón y los pinchazos. El otro método eran las enaguas: una, dos, tres... hasta dieciséis. Si bien no picaban daban mucho calor y... lo peor era ir al baño.